

“su cuerpo á los tormentos, por no renunciar á la reli-  
“gion que profesaban. Ve, pues, y tráenos reliquias  
“de algunos de estos santos atletas, á fin de que poda-  
“mos honrar su memoria, y ser salvos por su inter-  
“cesion.”

Bonifacio se dispone inmediatamente á obedecer; to-  
ma sumas considerables para rescatar de los verdugos  
los cuerpos de los mártires, lo mismo que para socor-  
rer á los pobres; y estando ya á punto de partir, dice á  
Aglæ: “Si puedo procurarme reliquias, no dejaré de  
“traerlas. Pero si os traen mi cuerpo por el de un  
mártir, ¿le recibireis?” Aglæ miró estas palabras como  
una chanza, y reprendió al que las habia proferido.  
Mas Bonifacio cumplió su palabra padeciendo un glo-  
rioso martirio.—*Actas verídicas de San Bonifacio publi-  
cadas por Henschenio, Fleuri, &c.*

*Octava LII.*

Ingrata patria no tendrás mis huesos.

(10) Alusion al célebre autor de los Mártires, que  
hallándose perseguido y fuera de su patria cuando es-  
cribió esta obra, podía echarla en cara su ingratitud y  
amenazarla con que no poseeria sus huesos. Chateau-  
briand volvió á su patria, pero su traductor aun está  
fuera de la suya.

*Octava LXXV.*

Y conozco que son las catacumbas.

(11) La catacumbas de San Sebastian, llamadas  
así por haber sido este santo enterrado en ellas.

**LOS MARTIRES.**

**SUMARIO.**

Continuacion de la historia de Eudoro.—Marcha del  
ejército romano á Batavia.—Se encuentra con el de  
los Francos.—Campo de batalla.—Orden y enumera-  
cion del ejército romano, y del de los Francos.—Fa-  
ramundo, Clodion, Meroveo.—Trábase la pelea.—Aa-  
que de los Galos contra los Francos.—Combate de  
caballería.—Desafio entre el gefe de los Galos y Me-  
roveo, hijo del rey de los Francos, en que sale éste  
victorioso.—Los Romanos principian á flaquear.—  
La legion cristiana entra en combate y restablece  
la batalla.—Confusion.—Los Francos se retiran á su  
atrincheramiento.—Alcanza Eudoro la corona cívica y  
Constancio le nombra gefe de los Cretenses.—Re-  
nuévase el combate al rayar el dia.—Atacan los Ro-  
manos las trincheras de los Francos.—Se levantan  
las olas.—Huyen de ellas los Romanos.—Eudoro cae  
herido despues de haber combatido mucho tiempo.  
—Es socorrido por un esclavo de los Francos, y lle-  
vado por él á una caverna.—Es hecho esclavo de Fa-  
ramundo.—Historia de Zacarías.—Clotilde, muger  
de Faramundo.—Principio del cristianismo entre  
los Francos.—Eudoro alcanza su libertad.—Es en-  
viado á proponer la paz á los Romanos.—Acompá-  
ñale Zacarías hasta las fronteras de las Gaulas.—Su  
de spedida.

CANTO V.

I.

“Al norte de las Gaulas, donde el Reno  
En dos brazos separa su corriente,  
En inculto pais, de lagos lleno,  
Habita el Franco (1) indómito y valiente,  
Que de Roma hasta aquí sacudió el freno  
Bravéando su poder. Al occidente  
Avecina con la húmeda Batavia,  
Al norte con la fria Escandinavia.

II.

“En tiempo de Gordiano el piadoso  
Este pueblo feroz por vez primera  
Se dejó ver del Galo temeroso.  
Allí uno y otro Decio pereciera;  
Y Probo alcanzó el título glorioso  
De *Fránquico* por solo que obtuviera  
Encerrarle en sus límites primeros  
Con guerra sanguinosa y golpes fieros.

III.

“Mas ahora con nuevo ardor y rabia,  
De sus tribus juntando el poderío,  
Rompiera por la parte de Batavia  
Donde va á desaguar el Reno frio.  
Constancio con prudencia y arte sabía  
Dejó desahogar su ardiente brio:  
Luego juntas las tropas de su mando,  
A darles la batalla va marchando.

IV.

“Despues de algunos dias de camino  
Entramos en el suelo cenagoso  
De Batavia que inunda de continuo  
El flujo del océano espumoso.  
Las espesas florestas de sapino  
Y los brazos del Reno caudaloso  
Que era preciso atravesar por vados,  
Nos hicieron perder muchos soldados.

V.

“Cansado de marchar el dia, apenas  
Unas horas la noche reposaba  
Para empezar de nuevo otras faenas.  
No obstante, en este plazo me olvidaba  
De cansancio, fatiga y demas penas;  
Y á la primera luz, cuando escuchaba  
El toque de Diana, alborozado,  
Percibia un placer inesperado.

VI.

“No os diré la especie de alegría  
Que encierra en sí la vida del soldado.  
Jamás sentí el clarín que retenía  
Por los valles con son descompasado  
Y el eco de los montes repetía,  
Del relincho primero acompañado  
Con que el corcel saluda al sol radioso,  
Sin llenarme de un gozo belicoso.

VII.

“Nuestra rápida marcha sorprendiera  
A los Francos que estaban descuidados.  
Mas luego que su gente se reúnera  
Al mando de sus gefes mas nombrados,  
Salen á nuestro encuentro en la ribera  
Del mar. Toda la noche de ambos lados  
Se pasó en ordenarse y disponerse,  
Para el rayar del alba acometerse.

VIII.

“En nuestra primer línea aparecían  
Los fuertes Vexilares, distinguidos  
Por la piel de leon con que cubrían  
La cabeza y espaldas, divididos  
Por cohortes: en pos de ellos se seguían  
Los Hastatos valientes y aguerridos,  
Los Príncipes armados con espadas,  
Y los Triacos con picas aguzadas (2).

IX.

“El centro del ejército ocupaban  
Las legiones de Hierro y Fulminante,  
Que en sus lanzas de acero presentaban  
Un muro impenetrable de diamante.  
Entre ellas por intervalos estaban  
Las máquinas de guerra, rutilante  
Catapulta, el ariete, la balista,  
Cuyos tiros no hay fuerza que resista.

X.

“En el costado izquierdo se estendía  
La tropa de aliados y auxiliares  
Compuesta de veloz caballería.  
De lijeros (3) corceles los hijares  
Apretaba y con gracia se mecía  
El Tartesio cubierto de alamares,  
Numánticos y Lusos aguerridos,  
Por el jóven Viriato conducidos.

XI.

“Como una torre fuerte y elevada  
Se veían acá y allá mezclados  
Los Germanos de talla agigantada,  
En caballos indómitos montados,  
Y una maza en las manos barreada.  
Detrás algunos Númidas armados  
Del arco y de la clámide vestidos  
Tiritaban de frio poseidos (4).

XII.

“En la otra ala brillaba el arrogante  
Escuadron del Romano caballero,  
Con el casco de plata deslumbrante,  
Coraza de templado y fino acero  
Con esmaltes dorados, la tajante  
Espada fabricada del Ibero,  
Caballo generoso y adiestrado  
De brillantes jaeces adornado.

XIII.

“Al frente del ejército esparcidos  
Se veían los Vélites y Arqueros  
Con los Galos veloces y atrevidos.  
El instinto de guerra en los postreros  
Les es tan natural que, confundidos  
En el choque son siempre los primeros  
A ordenarse buscando sus señales,  
Y los soldados se hacen generales.

XIV.

“Por fin, como se ve nube sombría  
En la falda de un monte recostada,  
El cuerpo de reserva componía  
La *Púdica* legion, toda formada  
De cristianos. Constancio la tenía  
En vez de la Tebea, degollada  
Por Maximiano. Victor de Marsella  
Comandaba esta legion valiente y bella,

XV.

“Pero todo aquel orden admirable  
Que en el romano ejército brillaba,  
Solo era para hacer mas espantable  
La sencillez salvaje que reinaba  
En las huestes del Franco formidable  
Que vestido de pieles semejaba  
A un rebaño feroz de hambrientas fieras  
Tendido por los valles y praderas,

XVI.

“La vista de estos bárbaros parece  
Al azul de la mar tempestuosa  
Que en medio de la noche resplandece,  
Al brillo del relámpago, espumosa.  
La blonda cabellera que les erece,  
Descendiendo hasta el pecho sortijosa,  
Teñida de un licor rojo, brillante,  
Es á la sangre y fuego semejante.

XVII.

“Parte de ellos su diestra mano carga  
Con la frámea (5), por mango un medio roble,  
Y en la izquierda la oval, ingente adarga;  
Parte lleva el angon de garfio doble;  
Mas todos ademas ciñen la larga  
*Francisca*, de dos cortes, arma noble,  
Que con grito de muerte arroja el Franco,  
Y rara vez ó nunca yerra el blanco.

XVIII.

“Siguiendo su manera de batalla  
Los bárbaros el cúneo (6) habían dispuesto,  
La tropa mas valiente y de mas talla,  
Haciendo punta, con airado gesto,  
La barba á propio intento sin cuidalla,  
Y un anillo de hierro al brazo puesto,  
Signos de esclavo que llevar juraban,  
Hasta que algun Romano degollaban.

XIX.

“En este vasto cuerpo gobernando  
Cada gefe venia á los valientes  
De su raza, el coraje acrecentando  
Con el riesgo común de los parientes.  
Del ejército entero tiene el mando  
Por su valor y prendas eminentes  
El rey de los Sicambros Faramundo,  
Su nieto Meroveo por segundo.

XX.

“Mas Clodion, padre de este, comandaba  
La fogosa y feroz caballería  
Que frente á nuestros équites guardaba  
El costado á la fuerte infantería.  
En sus cascos de acero que sombréaba  
Una pluma de buitre, parecia  
Verse aquellas figuras monstruosas  
Que presentan las nubes luminosas.

XXI.

“El sol de la mañana refulgente,  
Saliendo de una nube colorada,  
Derrama su luz clara de repente:  
La tierra toda pareció inflamada  
Con los rayos del casco reluciente,  
Cruzados con el brillo de la espada,  
La lanza y la coraza centellante  
Y el escudo de acero deslumbrante.

XXII.

“Luego al ruido del bélico instrumento  
Suena el canto de guerra repetido  
Por cien mil combatientes, y al momento  
El pecho de la rabia es poseído.  
El caballo da botes de contento,  
Y patea la tierra enardecido,  
Sacudiendo la crin negra y erguida  
Y tascando los hierros de la brida.

XXIII.

“Ya el ejército bárbaro se avanza  
Con paso denodado y aire fiero.  
Constancio hace la seña con su lanza;  
Los escuadrones tiran del acero;  
Las legiones se mueven con pujanza:  
;Viva el Emperador! grita el guerrero;  
Mas el Franco responde enfurecido  
Con un largo y horrísono mugido.

XXIV.

“El trueno estalla menos horroroso  
En las cumbres del áspero Apenino;  
El Etna lanza menos hervoroso  
De piedras y de fuego un torbellino;  
Ni las olas del piélago espumoso  
Que el huracan levanta en remolino  
Baten con tanto estruendo la ribera,  
Pareciendo tragar la tierra entera.

XXV.

“Los Galos se adelantan ardorosos,  
Y lanzando sus dardos puntiagudos,  
Corren al enemigo presurosos,  
La espada en mano, al pecho los escudos.  
Los Francos los reciben desdeñosos  
Y repelen con fuerza y golpes rudos:  
Tres veces carga el Galo denodado,  
Y otras tantas es luego rechazado;

XXVI.

“Con igual valentía y mas destreza  
El arquero cretense disparaba  
Una nube de flechas con certeza  
Que al Franco en gran manera atormentaba.  
Trasportado de rabia, con fiereza,  
Mirando que su sangre derramaba  
Sin vengarse de golpes tan lejanos  
Rompió las saetas con sus manos.

XXVII.

“En esto el escuadrón fuerte y terrible  
Del Equite romano se conmueve  
Y va á dar con impulso irresistible  
Sobre el fiero Clodion que raudo mueve  
A recibir su encuentro; el mas horrible  
Combate entre los dos se traba en breve,  
Rodando por el suelo en el instante  
La lanza, el casco y miembro palpitante.

XXVIII.

“En tanto la falange se avanzaba  
Con igual y pausado movimiento,  
Rompiendo las legiones que encontraba  
Sin que nada resistiera su ardimiento.  
Mas la tropa con arte se apartaba  
Y cambiando de frente en el momento,  
Del triángulo combate los costados,  
Y bien pronto los francos son cercados.

XXIX.

“Allí es luego el sonar de las espadas,  
De las lanzas y escudos acerados;  
Los reveses y fuertes cuchilladas,  
Los tajos y mandobles redoblados;  
Las manos y cabezas cercenadas;  
Las corazas y yelmos abollados;  
La audacia y el coraje reunidos  
De cien mil combatientes encendidos.

XXX.

“Meroveo en valor sobresalía  
Entre todos los bárbaros guerreros:  
Sobre un inmenso carro aparecía,  
Cercado de sus doce compañeros,  
Llamados doce pares, que escedía  
Del hombro para arriba; de tres fieros  
Novillos era el carro conducido  
Que infundían pavor con su bramido.

XXXI.

“La muerte y el espanto iban delante  
De este nieto del viejo Faramundo,  
En arrojo y valor sin semejante,  
En fuerza y en destreza sin segundo.  
Su carro va dejando rastro humeante:  
Aquí se ve un Romano moribundo;  
Allí el Galo y Germano temerosos  
Van huyendo su encuentro presurosos.

XXXII.

“De heridas y de muertes ya cansado,  
Meroveo en su carro contemplaba  
El campo de cadáveres sembrado.  
Así el leon de Libia cuando acaba  
De asolar un rebaño amedrentado,  
Satisfecha la sed que le aquejaba,  
Se acuesta entre las tímidas ovejas,  
Empapadas en sangre las guedejas.

XXXIII.

El gefe de los Galos arrogante  
Le mira en esa especie de reposo  
Soberbio al mismo tiempo que insultante.  
Luego le desafía valeroso  
A pugna singular; y en el instante,  
Saltando aquel del carro poderoso,  
Principian el combate mas horrendo,  
Ambas huestes las armas suspendiendo.

XXXIV.

“El Galo es el primero con la espada  
A dar sobre el Francés mal afirmado;  
Y tirándole brava cuchillada,  
Ya le ataca y le hiera en el costado,  
Ya le acosa y le lleva en retirada,  
Forzándole á cejar desconcertado  
Hasta los mismos cuernos del novillo  
Que parece defiende á su caudillo.

XXXV.

“Meroveo á su vez el angon lanza,  
De dos garfios de acero, recorado,  
Que silvando se clava con pujanza  
En le adarga del Galo infortunado:  
Luego el Franco lijero se avalanza,  
Y tirando el angon á uno otro lado;  
Alzando la mortífera *francisca*,  
La eabeza le parte y hace trisca.

XXXVI.

Así el tronco robusto de alto roble  
Al golpe de la cuña es abatido;  
Así en la arena el toro fuerte y noble  
De valiente lanzada cae herido.  
Por un instante el Galo queda inmoble,  
Sus manos levantando estremecido;  
Mas despues titubea, cae en tierra  
Y sus lívidos ojos luego cierra.

XXXVII.

“A esta vista los Galos pavorosos  
Lanzan un alarido penetrante:  
Los Francos al contrario victoriosos  
Rodean á su Príncipe triunfante,  
Y con vivas y aplausos clamorosos  
Le alzan sobre un pavés, y en el instante  
Le aclaman con sus padres juntamente  
Por rey de los Sicambros por valiente.

XXXVIII.

El miedo y el espanto principiaba  
A ocupar los romanos corazones;  
El ardor en los Francos se aumentaba,  
Y cargan con furor los escuadrones.  
Constancio que de lejos observaba  
El desórden que empieza en las legiones,  
Una señal haciendo con su pica,  
Manda avanzar á la legion *Pudica*.

XXXIX.

“Los guerreros cristianos al instante  
Descienden la colina presurosos.  
El invencible Victor va delante.  
Los centuriones todos son gloriosos  
Confesores que llevan el semblante  
De cicatrices lleno, y generosos  
Van á verter la sangre que les resta,  
Por aquel que en su alma les detesta.

XL.

“A la llanura apenas han bajado,  
El bárbaro se siente detenido  
En el curso del triunfo ya ganado.  
Muchos de ellos despues me han referido  
Que á su vista estallara un abrasado  
Torbellino, y de blanco revestido  
Vieran un caballero deslumbrante,  
Broquel y lanza de oro centellante.

XLI.

“El Romano disperso se rehace  
Al mirar el refuerzo que le llega,  
Y otra vez la esperanza en ál renace.  
La falange del Franco se replega,  
Formando de broqueles el enlace  
Para empezar de nuevo la refriega.  
La legion un momento se detiene  
Para oír lo que Víctor les previene.

XLII.

“Guerreros! les arenga, ¡que glorioso  
“Para el nombre cristiano dar su vida  
“Por un Príncipe augusto y victorioso!  
“Jamás puede la muerte se temidar  
“Del que espera por siempre ser dichoso.  
“El cielo con la palma nos convida:  
“Marchemos todos, pues, á la victoria  
“Que nos abre el camino de la gloria.

XLIII.

“Todos hincan entonces la rodilla,  
Y un Ministro de paz, formando el signo  
De la cruz, les bendice, y luego brilla  
En el guerrero fiel fuego divino;  
E invocando á la Virgen sin mancilla,  
Sin disparar el dardo, de continuo,  
Alta la espada, se echan sobre el Franco,  
Y rompe la falange por un flanco.

LXIV.

“Detrás de ellos entramos en seguida  
Romanos, Griegos, Galos y Germanos,  
Y empieza la batalla mas renida  
Con golpes y combates inhumanos,  
Peleando sin orden ni medida  
Al modo de los héroes troyanos.  
Mil grupos de guerreros se embarazan,  
Se tropiezan, se chocan y rechazan

XLV.

“¡Hijas de los Sicambros, es en vano  
Que preparais el bálsamo á la herida  
Pues no podrá curarla vuestra mano  
Aquí muere uno al golpe de la buid  
Espada ó jabalina del Romano;  
Allí siente otro huirle la querida  
Imágen de la patria, traspasada  
La entraña de mortífera lanzada.

XLVI.

“Este siente el palacio y la riqueza  
Que con inmenso afan ha reunido;  
Aquel echa de menos la pobreza  
Y la infeliz cabaña en que ha nacido.  
Aquí muere un pagano con fiereza,  
Del César blasfemando enfurecido;  
Allí espira un cristiano con reposo,  
Rogando por el César fervoroso.

XLVII.

“Y vos, jóvenes Francos, par valiente,  
No pasaré en silencio el heroismo,  
De la fina amistad y amor ardiente  
Que para ponderarlo no hay guarismo.  
De una cadena atados juntamente  
Por vencer ó morir á un tiempo mismo,  
Yo os viera caer y morir juntos,  
Amigos siendo, siendo ya difuntos.

XLVIII.

“Entretanto los brazos fatigados  
Repetian los golpes temerosos  
Con el riesgo ó la cólera esforzados.  
La sangre corre en rios caudalosos;  
Los heridos y muertos son mezclados;  
Suena el aire con gritos lastimosos:  
Mas la noche al fin viene con su manto  
A mitigar tal rabia y furor tanto.